

Introducción*

Desde muy antiguo las piedras con formas sorprendentes, por su semejanza a plantas y animales, fueron objetos de curiosidad y atrajeron la atención de eruditos y coleccionistas interesados en los fenómenos de la naturaleza. Algunas de estas “piedras figuradas”, llamadas también “juegos de la naturaleza”, eran lo que parecían ser, esto es, meras piedras cuyas formas recordaban a las de organismos vivos o a algunas de sus partes. Pero con el tiempo, y tras muchas controversias, se fue aceptando que otras de estas piedras eran fósiles, restos de seres vivos cuyas partes duras, tras morir, habían sufrido un proceso de petrificación. El término petrificación, entendido como un proceso natural, comenzaría a utilizarse desde mediados del siglo XVII, mientras que el de fósil en sentido moderno es posterior, ya que en un principio se aplicaba a todo lo que se extraía excavando en la tierra.

Dentro del grupo de piedras singulares, durante el siglo XVIII los naturalistas, filósofos y académicos denominaron petrificaciones humanas a un conjunto heterogéneo de ejemplares, tales como los cuerpos humanos mineralizados hallados en excavaciones o descubiertos en cuevas, tumbas y minas, los cadáveres que se habían conservado incorruptos o momificados

* Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación del MINECO HAR2013-48065-C2-2-P.

y los cráneos y huesos humanos fósiles —aquellos que tenían un gran tamaño algunos los consideraron pertenecientes a antiguos gigantes que habían vivido en el pasado—. En este apartado de petrificaciones humanas los médicos incluyeron también los cálculos renales y biliares formados en el interior del organismo humano, así como otras patologías, como los embriones humanos petrificados extraídos de determinados partos. Por último, al hablar de fenómenos de petrificación que parecían haber afectado a seres humanos, hay que referirse a las noticias, rumores y relatos que comentaban la existencia en desiertos orientales de pueblos petrificados donde todos sus habitantes habían sido convertidos en piedra.

Las primeras menciones de personas transformadas en piedra junto a su ganado y animales domésticos proceden de cronistas, viajeros y cartógrafos del siglo XVI. Para explicar este fenómeno se propusieron diferentes explicaciones en consonancia con el conocimiento de la época: la conversión de personas en estatuas salinas por la acción de vapores exhalados en terremotos; la incorruptibilidad y conservación de cadáveres debido a la cualidad que poseían los vientos fríos en regiones sudamericanas o las acciones sobre restos humanos de líquidos, semillas o vapores *lapidificantes* o petrificantes, que algunos autores llamaron *Aura gorgonica*, apelando al poder petrificante de la mirada de la gorgona Medusa.

Esta referencia a Medusa, cuya cabeza cortada por Perseo le sirvió a este para petrificar a sus enemigos, se encuentra de alguna manera presente en los autores que se interesaron por la existencia de lo que parecían petrificaciones de humanos. En las obras clásicas grecolatinas también pueden encontrarse referencias a hallazgos de grandes huesos fósiles, en realidad pertenecientes a mamíferos extinguidos de gran tamaño, pero que, debido al poco desarrollo de la anatomía comparada, se atribuían a antiguos humanos gigantes. Por eso muchos autores los consideraron petrificaciones humanas.

La existencia de pueblos de gigantes que habían poblado el mundo en el pasado, a los que se atribuían los enormes huesos fósiles descubiertos en Europa y América, tenía un sólido

apoyo en los ambientes eruditos, ya que los gigantes también se mencionaban explícitamente en la Biblia, el otro marco de referencia de la cultura europea moderna. Además, en los libros canónicos del cristianismo se recogía la conversión en estatua de sal de la mujer de Lot tras su huida de Sodoma, pasaje puesto como ejemplo de un proceso de mineralización sufrido por una persona, y que sería citado por algunos autores que se interesaron por las petrificaciones humanas.

Por último, desde finales del siglo XVII, el relato del diluvio universal bíblico fue en el mundo científico europeo el eje de discusión para explicar tanto las irregularidades de la corteza terrestre como el origen de los fósiles marinos que se encontraban lejos del mar o en las cimas de las montañas. Posiblemente la petrificación humana más famosa y controvertida fue el *Homo diluuii testis* (“el hombre testigo del diluvio”), que el médico Johann Jakob Scheuchzer presentó a la comunidad científica europea como los restos fósiles de una víctima humana del diluvio.

La curiosidad y el interés científico por las petrificaciones humanas se encuentran en multitud de obras escritas por médicos, viajeros, geógrafos, naturalistas, filósofos, teólogos, pintores y poetas. Cada uno de ellos, desde su ámbito de trabajo, reflejó la existencia de ejemplares y objetos semejantes a cuerpos, partes o restos de seres humanos que parecían haber sufrido un proceso de petrificación. Algunas de estas petrificaciones humanas, como las piedras con formas semejantes a manos y pies, podían observarse en cámaras de maravillas y gabinetes de curiosidades de coleccionistas y aficionados a la historia natural. Otras fueron citadas en tratados de medicina, en donde se discutía sobre el paralelismo existente entre la formación de cálculos en el interior del cuerpo humano (microcosmos) y los procesos de generación de piedras que tenían lugar en la naturaleza (macrocosmos).

Avanzada la segunda mitad del siglo XVIII, naturalistas, paleontólogos y mineralogistas clasificaron los ejemplares identificados como petrificaciones humanas, determinándolas como fósiles y excluyendo por inverosímiles y acientíficas las petrificaciones de grupos humanos y de pueblos enteros. Se centraron en

ordenar los ejemplares fundamentalmente según el tipo de hueso fósil, discutiendo sobre si era adecuado incluir como petrificaciones humanas los grandes restos óseos atribuidos a gigantes.

Pero a comienzos del siglo XIX, Georges Cuvier, especialista francés en paleontología de vertebrados y anatomía comparada, mantuvo que no eran fósiles humanos ni el *Homo diluvii testis*, que identificó como el fósil de una salamandra gigante del Mioceno, ni el resto de ejemplares considerados hasta ese momento como petrificaciones humanas. Cuvier fue más lejos y llegó a afirmar que no existían huesos humanos fósiles. Se basó para ello en que la humanidad había aparecido en la Tierra en fecha relativamente reciente, por lo que no había habido tiempo suficiente para que los restos óseos de los humanos más antiguos hubieran tenido tiempo de fosilizar. Esto originó una polémica científica. Otros naturalistas, tras los hallazgos de huesos humanos en cavernas asociados a fósiles de animales extinguidos, discutieron sobre el concepto de fosilización y se comenzaron a cuestionar que la aparición en la Tierra del género humano hubiera sido reciente. Al mismo tiempo, el debate basado en cuestiones geológicas y paleontológicas estuvo acompañado durante estas primeras décadas del siglo XIX por noticias poco creíbles que seguían recogiendo el descubrimiento de supuestos hombres petrificados, como el “hombre fósil” del bosque de Fontainebleau.

Como se verá en las páginas de este libro, fue largo, laborioso y complejo el proceso que condujo desde las llamadas petrificaciones humanas a la identificación de los fósiles humanos. A partir de este momento ya se pudo comenzar a debatir acerca de la antigüedad de la humanidad sobre la Tierra, cuyo fundamento solo podía lograrse con la evidencia proporcionada por los hallazgos de restos inequívocamente fósiles y humanos, y mejor si se encontraban asociados a industria lítica y a fauna fósil extinguida. Pero esto, que con el tiempo terminaría constituyendo los estudios de paleoantropología y de prehistoria, solo se alcanzaría gracias al desarrollo de disciplinas científicas como la anatomía comparada, la antropología biológica, la geología histórica y la paleontología de vertebrados.